cio, sin conseguir apaciguarlos completamente. Las sentían en su terreno, el viento les llevaba las emanaciones de las fieras, y hubieran querido precipitarse afuera y dar comienzo á la caza.

Por fin apareció la aurora. Los nihnakarheia, levantados antes del día, lo tenían ya todo preparado. Desde la víspera, los indios venteadores y ojeadores se habían escurrido por los junglares para reconocer las pistas, y uno de ellos, que acababa de llegar cubierto de sudor y de lodo, nos traía las mejores noticias. A menos de doce millas del bengalow de Talawa, estaba acampada una pequeña cuadrilla de elefantes salvajes, en las orillas de una corriente de agua llamada Polliaar; espesas malezas nos iban á permitir aproximarnos muy cerca sin ser descubiertos y asistir casi sin peligro á las conmovedoras peripecias de esta caza extraordinaria.

Pusimonos en marcha en el mismo orden que la víspera: Manjari á la cabeza con su escuadra de elefantes. Cuando comenzábamos á penetrar en los junglares, no pude sustraerme á una profunda emoción. En las vastas llanuras de Ceylán y del Indostán, las cazas más inofensivas en la apariencia, pueden convertirse en trágica, á pesar de las extraordinarias precauciones que se tiene por costumbre tomar.

Yo mismo podría afirmar, sin temor á ser desmentido por los viajeros serios que conocen los pantanos de Ceylán, traidoramente ocultos bajo una vegetación sin igual, los saunderbunds del Ganges y las hornagueras de Java y de Borneo, que no se puede abandonar las comarcas habitadas y hacer la menor excursión, la más pequeña caza en estos asilos de las fieras, sin arriesgar la vida. A cada paso está uno expuesto á encontrarse en presencia de una pantera, de un rebaño de búfalos ó de elefantes salvajes, ó de uno de esos tigres reales tan feroces que no hay ejemplo de que jamás hayan perdonado al imprudente que se cruza en su camino. Y no hablo aún de los gatigres, ni de los pumas, á los que no se puede atacar si no es con armas de precisión, ni de las serpientes, de las que, aparte la boa, no se puede guardar uno fácilmente, ni de los caimanes, aligatores y cocodrilos que os acechan al borde de los ríos ó en el fango de los estanques.

Por tanto, ha sido preciso encomendar la seguridad á la protección de un animal tan poderoso él solo

como todos esos feroces huéspedes del junglar y de los bosques.

En los lomos de los elefantes bien adiestrados, la mayoría de estos peligros están conjurados y uno tiene, en estos inteligentes animales, defensores en quienes se puede poner toda la confianza. A pesar de eso, aun se deben temer algunos graves accidentes. El elefante puede enfurecerse en la persecución de un tigre, no escuchar vuestra voz ni la del conductor, y pulverizar el havudah en que estáis encerrado, contra una rama de árbol que se atraviese en el camino.

Puede ocurrir, aún en las cazas como la que íbamos á hacer, que el elefante que os conduce, que no forma parte de la escuadra activa, sea atacado por un elefante salvaje, y entonces es raro que en aquel combate gigantesco de dos colosos no sea uno pulverizado con el haoudach que le sirve de abrigo. Así, para disminuir en lo posible las probabilidades de tal peligro, los europeos tienen la costumbre de no asistir á la persecución del elefante salvaje como no sea montados en elefantes hembras. No hay ejemplo de que los machos, aun habiendo llegado al paroxismo del furor, hayan vuelto su rabia contra ellas.

Como quiera que sea, toda aprensión es legítima cuando se trata de semejantes cazas, cuyas peripecias nadie sabría prever.

Me sería imposible dar una descripción exacta de los lugares que atravesábamos. Nuestras monturas tenían hierba, espinos y juncos hasta el vientre; el horizonte estaba completamente limitado por espesuras de bambús que se elevaban á una altura de cuarenta á cincuenta pies, y esas espesuras eran tan numerosas y estaban las unas tan próximas á las otras, que á veces nuestras miradas no alcanzaban á más de quince ó veinte metros en torno nuestro. El suelo, en los parajes en que podíamos verlo, estaba sembrado de osamentas pertenecientes á toda clase de animales; los esqueletos de los cocodrilos y de los chacales parecía estaban en mayoría.

A cada momento nos imaginábamos ver surgir algunos de los salvajes habitantes de aquellas comarcas, pero nuestra espectación quedaba defraudada. El sol lanzaba con fuerza sus rayos sobre la llanura, disipando los vapores nebulosos que flotaban sobre los pantanos; todo estaba silencioso y en calma en el jun-

glar; y, aparte de una innumerable población de gallinetas, gordos patos brahamánicos, garzas reales de alas rosáceas y martín-pescadores que nos miraban al pasar, pescando filosóficamente su almuerzo en las orillas de los estanques, no habíamos encontrado, al cabo de tres horas de marcha, á ninguno de los numerosos huéspedes de aquellas soledades.

Por fin, el nilmakarheia Saverinaden vino á anunciarnos que se percibía en lontananza la serie de colinas del Polliaar, que cortan estas vastas llanuras en la dirección Norte, y que nos aproximábamos al campamento de la manada de elefantes que sus hombres habían reconocido la víspera. A algunos pasos de allí, los ojeadores habían construido en un bosquecillo, con bambús y follaje, una tienda de verdura, destinada á abrigarnos durante el almuerzo. Después de descubrir las pistas se habían reunido en aquel paraje para aguardarnos y habían pasado la noche en una especie de torre octogonal de ladrillos, que los antiguos rajahs de Ceylán hicieron construir de trecho en trecho en estas vastas llanuras para que sirviesen de abrigo contra las fieras á los viajeros obligados á atravesarlas para marchar de Colom-Pattoé, Trinquemalé y Tamblegam á Anouradhapour y la costa de Manaar.

Nosotros mismos debíamos guarecernos allí en el caso más que probable en que no pudiéramos ganar el bengalow de Talawa.

—Si nos acostamos aquí esta noche—me dijo el mayor Daly, mi compañero de haondah,—no olvidará usted en la vida lo que va á ver y á oir. ¿No es cierto, Elphinston—dijo al joven oficial que, siguiendo nuestro ejemplo acababa de bajarse de su montura,—que una noche en los junglares, sobre la terraza de este bengalow indio, rodeado de estanques á donde vienen á abrevar los jaguares y los búfalos, debe ser una de las más conmovedoras situaciones en que el hombre puede encontrarse?

—Dice usted verdad, mayor—respondió el capitán, y hasta tal punto que sin hacer alarde de fanfarronería, no quisiera renovar la experiencia si no en el caso en que nos fuera imposible volver al lago Kandellé esta noche.

—Sin embargo, es preciso que vaya usted tomando su partido, mi querido Elphinston—dijo entonces sir John mezclándose en la conversación;—seguramente

no podremos regresar á Talawa hasta mañana. Así, haga provisión de buena voluntad.

El mayor y el capitán habían pasado ya una noche en los junglares, en la provincia de Girowé-Pattou, en la que abundan las selvas vírgenes y los elefantes, y, como se ha visto, no les había dejado un agradable recuerdo.

En su lenguaje de imágenes, los indios habían denominado al lugar en que nos encontrábamos: *Prasweda Paléom*, textualmente, *los estanques del miedo*.

Después de un rápido almuerzo, en el que un delicioso karry de cinco ó seis especies de caza hizo todo el gasto, sir John ordenó la marcha, á pesar del calor que se convertía en molesto.

La caza iba á comenzar.

A dos millas de nuestro alto, aproximadamente, se extendía una selva que contorneaba las colinas del Polliaary; según nuestros guías, cubría toda la comarca superior en una extensión de cerca de cuarenta millas, hasta los alrededores del lago Padwiel. A medida que avanzábamos, el terreno se hacía montuoso insensiblemente; las cañas, los bambús y otras plantas pantanosas dejaban el paso á arbustos de especies desconocidas, cubiertos de flores de todos matices que embalsamaban el aire y recompensaban así nuestro olfato de los olores fétidos de la llanura.

Podría ser entonces la hora del medio día; el sol, en toda su fuerza, hacía reflejar el suelo, y á no llegar hasta nosotros algunas ráfagas de la brisa del mar que refrescaban un poco nuestros pulmones abrasados, nos hubiéramos visto obligados á aguardar bajo los bosques las horas menos calurosas de la tarde para continuar nuestra excursión.

Llegados al pie de la primera colina, el jefe de los nilmakarheia, que guiaba la marcha con el elefante Manjari, se replegó vivamente hacia nosotros y sir John ordenó un alto general.

—¡Y bien! ¿qué hay, Saverinaden?—le interrogó su dueño.

—Los elefantes están allí—respondió el indio.

—¿Lejos de nosotros?

—A menos de una milla. Me he replegado sobre vosotros al ver á los dos ojeadores puestos en observación que me hacían una señal para detenernos y para mostrarme en los linderos del bosque dos mag-

nificos elefantes negros y uno pequeño, dirigiéndose á descansar bajo la sombra de un gigantesco bananero.

El paraje en donde nos encontrábamos, casi en la meseta de la colina, era tal vez el más apropiado que hubiéramos podido encontrar pará dominar la llanura que se extendía por cada uno de los lados Este y Oeste, y seguir sin gran peligro los menores detalles del extraordinario espectáculo que iba á desarrollarse ante nosotros.

Se convino en que nosotros nos quedaríamos con Rohini y Balaja sobre esta meseta, mientras que Manjari y cuatro de sus compañeros solamente serían lanzados adelante, debiendo quedar los otros al cuidado de Saverinaden para caso de necesidad. Para más seguridad, y siguiendo el consejo de los cazadores indios, nos retiramos todos al medio de una espesura de arbustos bastante elevados para ocultarnos completamente á la vista de los elefantes salvajes que se encontraban debajo de nosotros en la llanura, pero sin que nada nos lo velase á nuestros ojos.

Lo que más de extraordinario hay en esta caza es que los elefantes adiestrados no tienen otro guía que sus propias inspiraciones desde el momento en que son lanzados al terreno. Si los elefantes salvajes que se trata de sorprender apercibiesen la menor forma humana, se precipitarían inmediatamente á la espesura y toda persecución sería inútil, porque infaliblemente daría por resultado una catástrofe; ó bien, si se creían con fuerzas, atacarían furiosamente á los elefantes domesticados y empeñarían con ellos una lucha cuyos resultados nunca pueden predecirse.

En las diferentes peripecias de esta terrible caza, una imprudencia, una bagatela, pueden descubrir á los hombres que la dirigen desde su escondrijo; así, debo decir que jamás se aventura contra una manada de elefantes salvajes más que un número doble de elefantes domesticados, y cuando se ha adquirido la certidumbre, por medio de las batidas inteligentes hechas la víspera por los ojeadores, de que en cuarenta ó cincuenta millas á la redonda, no hay grandes rebaños de estos animales, ante los cuales se estaría expuesto á caer, y que al oir los mujidos de los elefantes sorprendidos acudirían prontamente á socorrerlos.

Como no hay otro medio de coger al elefante, los indios nihnakarheia, consagrados á esa profesión, abordan con frecuencia á esos animales con fuerzas inferiores; pero se concibe que el europeo, que sólo busca un placer en esta caza, la rodee de toda clase de precauciones.

Apenas Manjari hubo recibido de su dueño las últimas instrucciones, á la cabeza de su pequeña tropa se puso á descender á paso lento la colina por la vertiente opuesta á la que nosotros acabábamos de trepar, sin revelar con ningún indicio su intención de unirse á los que trataba de apoderarse. El inteligente animal jugaba su papel á las mil maravillas; marchaba sin apresurarse, derechamente hacia el curso del Polliaar, que serpenteaba en el fondo del barranco, como si tuviese la intención de marchar con sus compañeros á apagar su sed. Y, mientras descendía, jugaba con las ramas y los arbustos que encontraba en su camino, cogiendo aquí y allí algunos manojos de hierbas que dejaba caer negligentemente en su boca.

Los elefantes que reposaban en el valle los habían advertido y los miraban con curiosidad, pero sin la menor aprensión; se veía perfectamente, por la naturalidad de sus movimientos, que no tenían la menor sospecha respecto á las intenciones de los recién llegados.

De pronto, asistimos al más conmovedor de los episodios.

El joven elefante, que se encontraba allí en compañía de su madre, sin duda alguna, porque apenas tendría más de cinco ó seis años, al apercibir á Manjari y su escolta que continuaban avanzando tranquilamente hacia la ribera, emprendió la carrera dando botes y como queriendo trabar conocimiento con los extranjeros. La madre lo llamó una ó dos veces, pero viendo que no era obedecida y que por otro lado nada había que pudiese inquietar su ternura, cesó en sus gritos y se contentó con vigilar desde lejos para darse cuenta, sin duda, de la acogida que iban á dispensar á su mamón.

El elefante, que tan bien sabe amar y proteger á los hijos de su dueño, tiene inefables dulzuras para los animalitos jóvenes de su raza.

Así, el viejo elefante cazador y su tropa acogieron al recién venido con pequeños gritos de júbilo y caricias, cuya sinceridad no podía ser sospechada; pero,

pasados los primeros instantes de expansión, á una señal de Manjari, dos elefantes se colocaron á ambos lados del joven animal y no le abandonaron más.

Llegados á las orillas del Polliaar, nuestros cazadores saciaron su sed con una avidez que nada tenía de fingida, habida cuenta de los cuarenta grados de calor que nosotros soportábamos en aquel momento. Después, sin la menor vacilación, se dirigieron con el mismo andar indiferente hacia los dos elefantes salvajes á quienes debían convertir en sus prisioneros. El pequeño se puso á botar de gozo y á lanzar mil gritos alegres viendo á sus nuevos amigos dirigirse con él al lado de su madre, que le respondió, sin sospechar antes el peligro que la amenazaba. Su compañero ramoneaba aquí y allá las altas hierbas olorosas y los tiernos retoños de los árboles.

En menos de nada fueron rodeados, y cuando se apercibieron que tenían que habérselas con enemigos, era ya demasiado tarde para huir; cada uno de los elefantes había sido sujetado por la trompa por dos de los compañeros de Manjari, y apresándolo entre los dos hacían imposible toda lucha y toda salvajada. Después de vanos esfuerzos, y los cautivos lo comprendieron tan bien, que renunciaron á toda tentativa de resistencia, se pusieron á conmover la selva con sus rugidos y con sus llamamientos desesperados.

Saverinaden juzgó llegado el momento de lanzar á los cuatro elefantes que guardaba como reserva, y éstos, gozosísimos, alcanzaron á la pequeña tropa en un instante. La reunión de tantas fuerzas era inútil; bastaban dos elefantes para conducir á uno; pero, además que los descansaban en sus fatigas, su presencia debía contribuir todavía más á quitar á los prisioneros sus últimas ilusiones y á conducirlos más fácilmente hasta nosotros.

Todo esto se realizó con sencillez, hábilmente, sin lucha aparente; se hubiera dicho que era un simulacro y nadie hubiese podido dudar que desde el momento en que los elefantes habían sido aprehendidos, en que sus trompas se habían enlazado, en que las defensas se habían mezclado, y en que los cautivos habían sido apresados con tal violencia entre los dos agresores, que habían comprendido, casi inmediatamente, la inutilidad de su resistencia.

Cuando se quiso hacerles marchar, intentaron un

esfuerzo supremo, pero una granizada de trompazos, administrada por Manjari, les decidió á dejarse conducir. Cuando las pobres bestias nos apercibieron, parecía que temblaban de espanto y sus gruesas patas se estremecían. ¡Nosotros, mezquinas figurillas, producíamos en su imaginación más efecto que sus vencedores!

Saverinaden se deslizó detrás de cada uno de ellos, y habiéndose ordenado tenerlos sobre seguro, les pasó sobre las patas traseras trabas de hierro fabricadas para este efecto y de una solidez á toda prueba. A partir de ese momento, un solo elefante bastaba para guardarlos: no podían marchar sino á pasos muy cortos y un niño les hubiera aventajado en la carrera. No quedaba más que hacer que domesticarlos y hacerles olvidar, con buenos tratamientos, la libertad, sus compañeros y los bosques en que habían nacido.

De ordinario, al cabo de tres días, se puede aproximar uno sin peligro al elefante así capturado; al cabo de ocho, se le quitan sus trabas y un mes después se pasea tranquilamente en la casa adonde le han conducido sus compañeros, imitando todo cuanto les ve hacer y ofreciéndose voluntariamente á compartir sus trabajos.

Cuando uno sabe que estos enormes animales no pueden ser cogidos más que por uno de los suyos y cuando se ve con qué rapidez los prisioneros se civilizan, queda uno confundido en presencia de la prodigiosa inteligencia de los unos y de los otros. Debo decir, por haberlo visto muchas veces yo mismo, que algunas horas después de la caza, vencedores y vencidos están juntos en los mejores términos, y que algunas veces los cazadores indios se aventuran á desatarlos desde el tercero ó cuarto día.

Desde que el inteligente animal ha gustado de la vida doméstica, ya no vuelve más á la junglera si no es para cazar á su vez y no muestra entonces menos alegría ni menos fineza que sus compañeros.

Nada hay tan interesante como asistir al adiestramiento de estos animales por los nilmakarheias. Ya tendremos ocasión, en el curso de estos viajes, de describir estos curiosos ejercicios y asistir á ellos.

Esta caza no había tenido para nosotros el atractivo del peligro, no habíamos sentido en ella las punzantes emociones que provocan á veces las luchas gigantes-

cas que se empeñan cuando cazadores y cazados vienen á encontrarse iguales en fuerzas y en número. Tranquilamente sentados sobre nuestras apacibles monturas—Rohini y Balaja no habían dado un paso afuera del bosquecillo á cuyo abrigo quedábamos—habíamos asistido á un espectáculo que nuestros ojeadores, por decirlo así, nos habían regateado, no dirigiéndonos á un grupo más importante de elefantes, que hubiera dado á la caza otro aspecto. Pero no por menos terrible había sido menos atractiva nuestra excursión, y por mi parte, confieso que observé con un interés extraordinario las numerosas pruebas de finura y de inteligencia razonada que nuestros elefantes nos dieron durante las dos horas que duró la aventura.

Mientras duró la lucha, el joven elefante no se separó de su madre; lanzaba gritos plañideros y la acompañó junto á nosotros sin que fuese necesario contenerlo. No se le pusieron trabas y se familiarizó con tal rapidez, que al día siguiente tomaba delicadamente con la punta de su trompa el pan y las frutas que le efreciamos. Era aproximadamente de la talla de una jaca, pero dos ó tres veces más grueso.

Eran cerca de las cuatro cuando todo había terminado. El sol declinaba rápidamente y apenas si nos quedaban dos horas de día, haciéndonos falta ocho ó diez para regresar al bengalow del lago Kandellé. Según lo había previsto sir John, íbamos á pasar la noche en la terraza de la torre de los rajahs.

Enviamos á los criados, á los ojeadores y sus elefantes por delante, y, montados sobre Rohini y Balaja, resolvimos acomodarnos en el bengalow indio más espacioso, soltando al paso algunos tiros sobre los innumerables pájaros que se agitaban en los pantanos, así como á las liebres, á los faisanes, á los pavos reales y á los pavos salvajes que, literalmente, caían á cada momento entre las patas de nuestras monturas.

Nuestros dos conductores conocían perfectamente la comarca; en el caso de que llegásemos á extraviarnos, teníamos siempre las colinas del Polliaar que dominaban la llanura como punto de mira, y confiando en la fuerza de nuestros dos elefantes, nada teníamos que temer ni de las panteras, ni de los tigres, ni de los búfalos. De todos modos, podíamos consagrarnos confiadamente á una pacífica caza de patos y de cercetas, en el centro mismo de los más peligrosos animales de la creación.

Para no molestarnos mutuamente, nos separamos y mientras que sir John y el capitán, con Balaja, remontaban tranquilamente el curso del Polliaar, para intentar la sorpresa de algunos ciervos dormidos en las malezas, el mayor Daly y yo, con Rohini, tomamos la dirección de los pantanos, siguiendo una curva que debía conducirnos necesariamente al bengalow indígena.

No puede calcularse la cantidad de caza que se encuentra en estas soledades: así hicimos nosotros en aquellos pobres animales una matanza que nada tiene de lisongera para un verdadero cazador. A cada instante nos decíamos: «¡bastante!» pero nuestros fusiles cargados dejaban escapar sus tiros á pesar nuestro y si no hubiera sido porque se aproximaba la noche, todas nuestras municiones se hubieran acabado.

El hombre es malo y no sabe contenerse jamás; apenas si la saciedad le satisface.

Como se aproximaba la hora del regreso y habíamos ya dejado descansar nuestros fusiles en un rincón del del haoudah, dimos á nuestro conductor la orden de volver á tomar el camino del campamento.

Después de media hora de marcha aun no habíamos llegado y, lo que era más grave, que en toda la extensión que abarcaban nuestras miradas no apercibíamos la torre de los rajahs, oculta sin duda por uno de los innumerables ramilletes de bambús qne sembraban la llanura.

Las sombras aumentaban, el sol iba á desaparecer en el horizonte, los junglares tomaban ya extraños aspectos, los chacales comenzaban á mostrarse en la espesura, precursores de otros animales más terribles; algunos minutos más y ya no podíamos dar un solo paso; por temor á sepultarnos en los pantanos. ¿Íbamos á vernos condenados á pasar la noche en aquel paraje, sobre los lomos de Rohini?

La imprudencia que acabábamos de cometer no escuchando más que la voz del capricho del momento en la elección del camino que debíamos seguir iba á costarnos bastante cara. Y no podíamos culpar á nadie más que á nosotros mismos, porque, aunque el conductor había visto pecfectamente que nos alejábamos del lugar de la cita, no debía advertírnoslo,

pues los servidores indios jamás dirigen la palabra á sus dueños si no son interrogados.

Apenas habíamos tenido tiempo el mayor y yo de comunicarnos nuestras impresiones, cuando sentimos estremecerse nuestra montura, y, antes de que hubiéramos podido darnos cuenta de lo que pasaba, Rohini, después de lanzar un espantoso mugido, se lanzó al galope con la trompa levantada, á través del junglar á pesar de los esfuerzos de su conductor para contenerlo.

«¡Un jaguar!»—exclamó Amondou.—Lo comprendimos todo; habiendo encontrado nuestro elefante á su más implacable enemigo, lo perseguía con un encarnizamiento que llegaba á la rabia. A treinta pasos de nosotros, en efecto, una masa negra, que la caída del día no nos permitía distinguir perfectamente, rebotaba por encima de las malezas y trataba de escapar á la terrible trompa que le amenazaba.

—Estamos perdidos—dije al mayor,—la caza va á terminar en el fondo de un pantano.

No había acabado de hacerse la predicción cuando ya estaba cumplida; nuestro elefante, de un salto, acababa de caer en medio de una hornaguera, tenía el cieno hasta el vientre. Comprendiendo el peligro, el inteligente animal hizo un esfuerzo desesperado y trató de ganar la otra orilla, al menos así lo creíamos, y asiendo con su trompa un haz de enormes bambús que encontró sobre el borde, intentó poner el pie sobre la tierra firme; pero fué en vano: no consiguió otra cosa que colocar sus dos patas delanteras sobre los troncos de los bambús y mantenerse fuertemente con ayuda de su trompa.

Un rápido examen de los lugares nos reveló la terrible situación en que nos encontrábamos; el manojo de bambús al cual se había engarfiado Rohini, estaba en el centro mismo de la hornaguera en que habíamos caído, y aquel frágil sostén no podía tardar en faltarnos, pues los enormes pies del elefante eran suficientes á desarraigar aquél en algunas horas.

Si no nos llegaba socorro alguno, estábamos infaliblemente perdidos. Toda la parte trasera de nuestro elefante se había sumergido en el barro, y si su robusta trompa hubiera abandonado los bambús, sin duda alguna que el animal hubiera desaparecido en la hornaguera. El conductor nos propuso una probabilidad de salvación, pero nosotros la rechazamos con horror: se trataba de matar á Rohini de un tiro en el oído para hacerle aflojar el manojo aprisionado por su trompa é instalarnos en seguida sobre los troncos de los bambús, que desembarazados de los pies del elefante, hubieran ofrecido resistencia para sostenernos hasta el día.

En aquel momento vimos elevarse á unas dos millas de nosotros, á la izquierda, una llama intensísima. Era, sin duda alguna, una señal de sir John para guiarnos en la noche. ¡Ah! No podíamos aprovecharla. Por todas partes chillaban los chacales, los ojos relucientes de las hienas fulguraban en las tinieblas y, sobre una espesura de arbustos, un makara (especie de buho) nos enviaba, á intervalos iguales, sus gritos plañideros.

¿Qué hacer? Estábamos todos asidos, agarrados al haoudah invertido, cuya mitad se hallaba enterrada en la hornaguera y sobre la cabeza de Rohini, quien, con la trompa arrollada alrededor de una docena de bambús, estaba tan firme, tan sólido como una roca. El fuego brillaba siempre con más vivos resplandores y los gritos de las bestias feroces formaban, en torno nuestro, un concierto que no cesaba.

Desde el comienzo de esta escena, Amondou quedó pensativo. Sin duda alguna mi nubio, recordando su infancia pasada en el interior del Africa, cuando acompañaba á las caravanas, y los peligros que había corrido y evitado, buscaba los medios de sacarnos de allí.

Después de lanzar una última mirada sobre el junglar, se inclinó hacia mí y me dijo:

—Los bambús comienzan á conmoverse, saëb.

—Así lo temo—le respondí.

—Antes de dos horas, los pies, solamente, de Rohini los habrán desarraigado y todos nosotros iremos al fondo del pantano... á menos que...

—Acaba...

—A menos que no sigamos el consejo del conductor.

—¿Matar á nuestro bravo elefante?

—La vida de cuatro hombres excusa esta necesidad—dijo el mayor Daly pensativo.

—No recurramos á este horrible medio sino en último extremo, dije entonces. Me repugnaba deber mi vida á la de este pobre coloso, cuya increíble fuerza

nos sostenía en aquel momento encima del abismo.

—Pues bien—dijo Amondou;—voy á intentar salvarles, como también á Rohini.

—¿Y cómo eso? dije vislumbrando una esperanza.

Yo conocía á Amondou y le juzgaba capaz de las mayores abnegaciones.

—Si nos sacas de aquí sanos y salvos—dijo el mayor Daly,—á fe de inglés, te pondré en situación de no tener que servir á nadie como no sea por tu gusto.

—Escúchenme ustedes, saëbs—prosiguió mi fiel servidor.—Antes de que la noche se hiciera tan profunda como en este momento, yo he inspeccionado las orillas de la hornaguera á que este pobre Rohini nos ha lanzado sin quererlo y he podido convencerme, por la diferencia de la hierba, que de este lado, á nuestra izquierda, la orilla estaba distante de nosotros apenas unos treinta á cuarenta codos lo más. He aquí el proyecto que eso me ha sugerido. En la espesura de bambús que nos sirve de punto de apoyo en este momento, los hay que deben alcanzar ciertamente una altura de treinta á treinta y cinco codos. Voy á trepar á la punta del más grueso entre los que Rohini no ha asido con su trompa, apoyándome en los otros para no quebrarlo; en cuanto me encuentre en la punta, ustedes lo cortarán fácilmente con el hacha de las malezas que está en el haoudah; entonces, trepando á su extremidad, lo seguiré en su caída y no será más que un juego para mí llegar á tierra sin accidente. Veinte veces, en mi infancia, he atravesado así las riberas que la corriente no me permitía franquear á nado, cuando se trataba de llevar á la otra orilla el cabo de una cuerda de hilo de coco, que debía servir para establecer un puente para el paso de las caravanas.

—¿Pero si el bambú se quiebra bajo tus pies en la curva que va á describir al caer?—dije á Amondou.

—Que se haga la voluntad de Alah.

—¿Y si el bambú, aun no quebrándose, no alcanza á la otra orilla?

—En el momento en que el bambú se incline hacia el suelo, de un vigoroso empuje trataré de ganar la tierra firme; si no puedo conseguirlo... ¡que se cumpla la voluntad de Alah!... Matarán ustedes á Rohini para aguardar los socorros que no dejarán de llegar cuando el día permita explorar el campo.

Intenté disuadir á Amondou de su peligroso proyecto, proponiendo sacrificar en seguida al elefante; pero él rehusó rotundamente, y declaró que estaba seguro del éxito si el bambú no llegaba á romperse en el momento en que, inclinándose para caer, tuviera que soportar todo el peso de su cuerpo. Una vez en tierra, guiado por el fuego, se dirigiría al bengalow, teniendo cuidado de señalar su camino con ramas de arbustos quebradas, y volvería rápidamente con socorros.

Yo vacilaba aún.

—Si yo disparara dos tiros—dije,—eso podría indicar nuestra dirección.

—Sí—me respondió el mayor,—pero eso no nos daría el medio de reunirnos. ¡Ah, si tuviéramos un fanal.

—¿Y si hiciésemos un puente con los bambús que nos rodean?

—¡Oh, saëb!—me dijo gravemente Amondou—estamos perdiendo mucho tiempo en la rebusca de medios inútiles. Si tenemos á nuestra disposición cuatro ó cinco bambús, eso es todo lo más; los demás los tiene asidos Rohini, quien no los dejará, y eso no es bantante para construir un puente que pueda soportarnos.

En sentido vertical los bambús tienen alguna resistencia; horizontalmente se rompen al menor peso con que se les carga. Nos soportarían, aunque ignoramos si son bastante largos para que su extremidad pueda establecerse sólidamente sobre tierra firme; y, aun en ese caso, sería preciso que yo pasara á la otra orilla para asegurar y sujetar los bambús. Eso no es practicable saëb.

El tiempo corría; era preciso realizar el proyecto de Amondou.

Con la agilidad de un gato, el bravo nubio trepó á lo largo de los bambús, después de indicarnos el que escogía, y llegado á la punta nos gritó, sirviéndose de un término de marina y sin que su voz denunciara la menor emoción:

—¡Largad todo!

En cinco ó seis golpes de hacha el bambú fué tronchado por el pie y, sintiéndose libre Amondou, dejó la espesura, á la cual se agarraba, y se lanzó al espacio.

¡Qué punzante ansiedad oprimió nuestros corazones durante los cuatro ó cinco segundos que transcurrie-

ron desde la marcha hasta la caida! No podiamos distinguir nada, pero el ruido de un cuerpo al caer en las malezas nos dió á entender que el fiel servidor no se habia engañado en sus cálculos.

Al levantarse, Amondou gritó:

—Alah es grande, estamos salvados.

—Ten cuidado con los pantanos y con los jaguares —le gritó el mayor.

—No teman ustedes, saëbs; he nacido en los pantanos de la baja Nubia—respondió él.

Apenas hubo dicho estas palabras, oimos el frotamiento de las malezas por entre las que se abria paso. El fuego brillaba siempre con la más viva claridad en la dirección de la torre de los rajahs.

Durante cuatro ó cinco minutos todavía, apercibimos el ruido que hacía Amondou abriéndose paso á través del junglar. Después todo volvió á caer en el silencio, si así puede llamarse á los gritos discordantes, á los chillidos y aullidos de las fieras que nos llegaban de todas partes.

Una hora, un siglo transcurrió en esta ansiedad. En vano interrogábamos al fuego que continuaba ardiendo para intentar recoger algunas señales favorables; nada venía á asegurarnos, á mantener nuestra esperanza. Nuestro elefante, siempre inmóvil, comenzaba, sin embargo, á estremecerse un poco. ¿Es que llegaban al fin sus fuerzas? El conductor nos aseguró que el coloso expresaba así á su manera la cólera al sentir vagar en torno suyo las hienas y los chacales que ordinariamente no se atreven á aproximarse.

De pronto, dos tiros de fusil se hicieron oir en la lejanía. Amondou habia llegado felizmente á la torre de los rajahs... Temblando de emoción, respondimos de la misma manera á la señal. Hasta aquel momento no nos habiamos atrevido á servirnos de nuestras armas de fuego para indicar nuestra situación á sir John, por temor á que le ocurriera el mismo accidente que á nosotros en una requisa á la aventura y sin guia.

A partir de ese momento pudimos seguir todas las peripecias de nuestro salvamento. En efecto, distinguimos pronto en el junglar una serie de antorchas dirigirse hacia nosotros, juzgando por su movimiento, que eran llevadas en los lomos de los elefantes. Contamos, y habia nueve; toda la tropa acudia á nuestro socorro. En menos de media hora, Amondou á la cabeza, sir John, el capitán Elphinston y toda la cuadrilla de los nilmakarheia estaban sobre las orillas de la hornaguera que habria podido convertirse en nuestra tumba. Ya era tiempo, porque el manojo de bambús comenzaba á inclinarse. Cuando Rohini apercibió á sus camaradas, púsose á mugir de gozo; los recién llegados le respondieron y fué aquel, durante algunos minutos, el más aturdidor de los conciertos.

—Les creia ya perdidos sin remisión—nos gritó sir John.

Y, de hecho, no habiamos escapado á la muerte más que por un milagro.

Fué obra de un instante el sacarnos de allí. Un cocotero, cortado junto al bengalow y llevado en las espaldas de un elefante, nos sirvió de puente natural que nosotros nos apresuramos en atravesar, y, al tocar tierra, recibimos un vigoroso *shake-hand* de sir John y y de su amigo.

El salvamento de Rohini exigia más trabajo. Sirviendo de punto de apoyo el tronco del cocotero, nos apresuramos todos á amontonar ramas de árboles, malezas, piezas, todo cuanto el lodo quiso engullir; de esta manera, se pudo hacer un camino artificial al coloso, quien, de un vigoroso empuje, teniendo para ayudar sus esfuerzos una enorme cuerda de hilo de coco retenida en la otra orilla por dos elefantes, consiguió salir de la ciénaga y ganar la tierra firme.

Todo el honor de este proyecto tan bien ejecutado, pertenecia á Amondou; su sangre fria y su valor nos habian salvado. Después de separarse de nosotros, habia empleado más de una hora en llegar al campamento, guiado por el fuego que sir John habia hecho encender.

Pero no bastaba el ir; era necesario volver, y el bravo nubio se habia ocupado con un particularísimo cuidado de indicar bien su camino, haciendo á cada diez pasos, con ramas de árboles y piedras, una señal fácil de reconocer.

Nosotros habiamos estado, cerca de cinco horas, en aquella espantosa posición.

Calcúlese si la comida que nos esperaba en la torre de los rajahs fué recibida con placer y si, al abrigo de las paredes del bengalow, guardadas por nuestros elefantes, acabariamos con quietud en nuestras hamacas aquella noche comenzada bajo tan terribles auspicios.

Al punto del día, nos pusimos en marcha para regresar á Kattiar y dejando detrás de nosotros á los nilmakarheias con los elefantes capturados y el convoy de la caza, sin ningún retardo, no deteniéndonos en Chetty-Colom, llegamos por la noche á casa de sir John.

Estos accidentes en las hornagueras de los junglares de Ceylán y sobre todo en los pantanos de los saunderbunds del Ganges, son de los más frecuentes y no terminan todos tan felizmente. Si pocas gentes son víctimas, es que el número de viajeros verdaderamente dignos de este nombre, recorriendo la India á pie, la carabina á la espalda, con dos criados y una carreta de bueyes, es muy escaso; pero la cantidad de bestias feroces, de ganados y de indios que engullen esas ciénagas disimuladas bajo un hierba verde y espesa, que les da aspecto de praderas, es incalculable.

Durante mis viajes en los largos años que he habitado en estas comarcas, he estado cinco ó seis veces en serio peligro de muerte y siempre ha sido por estas hornagueras.

Después de un reposo de veinticuatro horas, dí orden á Amondou y al vindicara de hacer sus preparativos de marcha, pues el tiempo apresuraba y la época en que debía encontrarme en Pondichery estaba tan próxima, que tomé la resolución de no detenerme más que para la comida y el descanso, de Trinquemalé á Jaffnapatuam.

Al pedir licencia á sir John y á su simpática familia, mi amable huésped quiso regalarme el elefante joven que habíamos capturado y á quien las jóvenes miss Hastley habían tomado ya bajo su protección. Lo agradecí, no queriendo tener la crueldad de arrebatárselo á aquellas apreciables señoritas.

Amondou recibió del mayor Daly, que cumplió realmente su promesa, una letra de 500 libras esterlinas sobre el Agra-Bank de Calcutta (12,500 francos); el bravo muchacho podía retornar á Aden ó á las llanuras de la Nubia: ya tenía con qué vivir en cualquiera de los dos países hasta el fin de sus días.

Al día siguiente, á la salida del sol, por los cuidados de sir John y para evitarme el tener que dar la vuelta á la inmensa bahía de Tamblegam, una canoa me transportó á Velloor, frente á Katiar. Mi carreta de bueyes, Amondou y el vindicara hicieron el mismo

trayecto en una almadía y después de una etapa insignificante de algunas millas, llegamos á Trinquemalé. Los alrededores de esta villa abundan en parajes encantadores y pintorescos y están animados por una infinidad de *cottages* pertenecientes á los funcionarios y oficiales ingleses de la estación.

Trinquemalé posee el mayor y el más abrigado de todos los puertos conocidos; el estrecho que le da acceso no permite pasar á dos navíos de frente, y todas las flotas del mundo podrían evolucionar en su dársena.

El día en que Inglaterra tenga que sostener una lucha gigantesca por su imperio de las Indias, tal vez sea este puerto, en el que hace tantos años viene almacenando municiones y alimentos de toda especie, el que la salvará.

Cuarenta y cinco leguas próximamente separan á Trinquemalé de Jaffnapatnam, á donde conduce un camino que así se engolfa en el interior, por Nillavelé y el lago Padwiel, como se aproxima á la costa para unir, en el distrito de Kary-Kotoé Mollé, los dos fuertes de Kokelay y de Mollétivoé, situados al fondo de las dos bahías del mismo nombre, que forman dos puertos, más anchos de entrada, menos seguros, pero casi tan grandes como el de Trinquemalé.

Este camino, obra de los antiguos rajahs que habían cubierto esta magnífica isla de calzadas, lagos artificiales y canales de riego, está bastante bien conservado por los ingleses. Se encuentra bordado de árboles seculares, cuya frondosidad, formando bóveda sobre nuestras cabezas, nos permitió continuar la expedición aun en las horas en que el calor obliga ordinariamente á entregarse á la siesta.

A pesar de eso, empleamos catorce días en llegar á Jaffnapatnam, capital de la provincia y de la península de este nombre, detenidos á cada instante, sobre todo en los alrededores del lago Padwiel, por inundaciones parciales y corrientes de agua en las que no era fácil hallar un vado.

La provincia del Norte es de las más interesantes para visitada: habitada casi enteramente por indios de raza malabar que han absorbido al elemento autóctono ó indígena, ofrece al estudio una variedad de rasgos y de costumbres tan extrañas como curiosas. Así, con el más vivo pesar me vi obligado á abando-

nar á Ceylán sin haber podido visitar en detalle las provincias de Towansé, Kornavellépatoé y los ricos distritos de la península; pero me prometí ir á reparar este vacío en los primeros días de licencia que disfrutase.

Había atravesado esta hermosa isla por Punta de Gales, el pico de Adam, Kandy, las mesetas del interior, Tamblegam, Trinquemalé y Jaffnapatnam; me faltaba para completar mis estudios sobre Ceylán, recorrer la península del Norte y los distritos que no había hecho más que entrever, así como las costas Noroeste por la isla de Manaar, Anouradhapoor, en el interior, la vieja capital de los rajahs de la primera raza y las ricas provincias que la rodean, después de ganar á Colombo, Negombo, Galle, Matoura, Kattragam, la provincia de las viejas pagodas y todas las comarcas del Sursureste, cubiertas de inmensas é impenetrables selvas, asilo de boas gigantescas, inexpugnables guaridas de elefantes salvajes que los nilmakarheias cazan constantemente para exportarlos al interior del Indostán, á Singapoor y hasta á Java y á Borneo.

Mi prolongada estancia en Kaltna y en las otras estaciones no me permitían siquiera una última detención de cuarenta y ocho horas; imperiosos deberes, cuyo cumplimiento no podía retardar por más tiempo, me llamaban á Pondichéry.

Apenas llegado á Jaffnapatnam, alquilé una embarcación choulah, con sus remeros para caso de calma chicha, y después de haber vendido mi carreta de bueyes y pagado á Ramassamy el vindicara, embarcaba con Amondou, algunas horas antes de la caída del día, en el *Pratissoury* (el más hermoso bajo el sol), patrón Tanapassary, quien largando su gran vela goleta á la brisa que todas las tardes se levanta del lado del golfo de Bengala, dobló en algunas horas el paso de Kare y puso la proa sobre Négapatam, villa bastante importante del Karnatic, en la costa del Indostán, á la que deseaba abordar. Veinticinco á treinta horas de navegación, según el viento, debían salvar la distancia.

Sentados en la popa de la pequeña embarcación, cerca del timonel cyngalés que dirigía la marcha, los ojos fijos sobre las costas de esta isla admirable que huían en el horizonte iluminadas por los últimos rayos del sol poniente, no pude contener una profunda pena pensando en los cuatro meses que acababa de pasar en aquella comarca en que la naturaleza parece sobrepujar todas sus riquezas, su más lujuriante vegetación, sus parajes más grandiosos y pintorescos, sus bellezas más singulares.

A la hora en que la antigua Taprobane, la maravillosa Lanka, que los viejos poemas indios cantaban hace ya veinte mil años, comenzó á desaparecer en la bruma del poniente, la saludé con la mano, diciéndola: ¡*Hasta la vista*!

La brisa había refrescado con la llegada de la noche; los marineros malabares levantaban una barredera para aproverla, cantando en un tono nasal el estribillo de una balada popular:

Ingué va
Ingué po
Teriman, teriman, illé
Sâmy comprenga.

«Ven aquí, ven allá abajo, comprendas ó no comprendas, es siempre Dios el que te guía.»

Acurrucado en un rincón, Amoudou lloraba.

FIN